

ACTO TERCERO.

La misma decoracion alumbrada por candelabros.

ESCENA I.

MARIA, *en traje de boda.* CONDESA, *de etiqueta.*

MARIA.

Ya me ve vd. dispuesta á unirme con Pardabé. Vd. me asegura que soy hija de una mujer honrada. Conozco que es necesario este matrimonio; pero ántes quiero saber el nombre de mi madre.

CONDESA.

Despues te lo diré. Lo que ahora me preocupa es tu amor á Alberto. Te he cedido la mitad de mi fortuna....

MARIA.

Y yo la acepto, como he aceptado el cariño de

madre que vd. me tiene, y que vale más que todas las fortunas de la tierra.

CONDESA.

Así tendrán tú y Alberto, lo bastante para vivir dignamente; y ademas, Alberto sube como la espuma.

MARIA.

¿Pero podré desobedecer á mi padre, á mi padre á quien loca juzgué mal un momento? ¿No está su palabra empeñada? ¿No lo está la mía?

CONDESA.

He mandado avisar á Alberto que venga ántes de las ocho. Habla con él.

MARIA.

Bien, hablaré.... pero quiero ántes de las ocho saber el nombre de mi madre.... ó no creeré en nada.... volveré á dudar.

CONDESA.

Te lo diré, despues de que hables con Alberto. Ahí viene. Te dejo con él.

(La Condesa se retira á su gabinete. Entra Alberto, de ceremonia.)

ESCENA II.

ALBERTO. MARIA.

ALBERTO.

Recibí un recado de la señora condesa, y veo que se retira....

MARIA.

Sí, Alberto: ha deseado que hablemos, y que hablemos solos. No quiere que sacrifiquemos nuestro amor.

ALBERTO.

Tiene una alma noble. Ella había adivinado mis sentimientos: ella había sorprendido los de vd. cuando yo mismo no me atrevía. ¡Y cómo me forjé ilusiones con este amor! En medio de las espantosas luchas del mundo; en este duelo á muerte en que, desde que nací, reñimos la fortuna y yo; me parecía que un ángel llegaba á sostenerme en sus brazos, y me daba aliento, y me infundía nuevas fuerzas: y recobrando el ánimo, alcanzaba yo al fin la victoria. En mi horizonte se desplomaban las montañas que lo cubrían; hacíase la luz sobre todo mi cielo; y trasportado á otro

mundo, el universo entero se llenaba con una sola de las miradas de vd.

MARIA.

¿Alberto, por qué no habló vd. ántes?

ALBERTO.

María, vd. era rica: yo la creía hija del conde de Monjuich; y esperaba subir hasta vd. Me habría muerto de vergüenza, si mi esposa hubiese tenido que bajar al darme la mano. Además ¿quién podía prever un matrimonio tan inesperado? ¿Quién hubiera podido figurarse que el doctor fuese el padre de vd.? Y ya no hay esperanza....

MARIA.

Mi padre lo exige.... yo he comprometido mi palabra.

ALBERTO.

¿Y la condesa qué piensa?

MARIA.

Estoy al borde del abismo.... y ella espera todavía, cuando yo ya nada espero.... Me decía hace poco, que con la mitad de su fortuna viviríamos dignamente vd. y yo. Pero mi padre....

ALBERTO.

El es la barrera que nos separa. El doctor, hace una hora, ha tratado de deshonrarme públicamente, y las leyes del honor exigen....

MARIA.

¿Un duelo, Alberto? Piense vd. que es mi padre....

ALBERTO.

No comprendo cómo sea vd. su hija, ni cómo la condesa....

MARIA.

Alberto, únicamente vd. sabe el secreto: sépalo vd. completo. La condesa no es mi madre.

ALBERTO.

¿Qué misterio es éste?

MARIA.

Oiga vd. lo que acabo de saber. Los condes de Monjuich y mis padres estaban ligados con estrecha amistad. Una noche, en un baile dado por una de las primeras familias de Barcelona, el conde jugó, y perdió toda su fortuna. Para reponer su capital aceptó la dirección de un banco en la

isla de Cuba. Tenía una niña de cinco meses, y por no exponerla á los peligros de la navegacion y del clima, la dejó encargada á la esposa del doctor.... á mi madre. La niña murió; y, cuando más tarde, volvió la condesa, viuda y rica, mi madre le entregó á su propia hija, á mí, para que á su lado viviese. ¿Por qué me entregó mi madre? ¿Por qué no me quieren decir su nombre?

ALBERTO.

Es raro. ¿Y vive?

MARIA.

¿Mi madre? No. Me dicen que ha muerto.

ALBERTO.

Entonces podemos esperar. ¡Pero yo deliro! Entre el doctor y yo no puede haber más que la muerte.

MARIA.

¿Pero ha sido tan grave la ofensa?

ALBERTO.

Oígala vd., y decida. El doctor y yo nos encontramos, y seguimos juntos en dirección á la puer-

ta del Sol. Ibamos por la Carrera de San Jerónimo, cuando una mujer, casi harapienta y demacrada en extremo, nos alcanzó. Se dirigió al doctor: éste se manifestó muy contrariado. Hablaban quedo, pero como disputando. Yo estaba apartado, y solamente pude oír estas frases: “quiero verla ántes—mira que siento que se me escapa la vida—después de diez años—cumplí los doce, horribles doce años, y he venido á pie desde Barcelona á buscarte.” Al fin el doctor quiso irse, y ella lo detuvo de un brazo; pero él, haciéndola con fuerza á un lado, y arrojándola contra la acera, se fué diciendo: “imposible, Catalina.”

MARIA

¡Qué horror!

ALBERTO.

La pobre mujer cayó sin sentido. Un guardia civil me ayudó, y la trasportamos á una casa inmediata. Allí abrió los ojos, y pidió un sacerdote. Luégo que llegó éste, me salí. En el Suizo volví á encontrarme al doctor: le increpé su mala acción; se puso fuera de sí, y aunque hablando bajo, y como temiendo que lo oyesen, me insultó llamándome miserable. Los amigos que allí se encontraban, se acercaron á preguntar qué pasaba: yo

les conté lo que había presenciado; y entonces el doctor les dijo con voz exaltada: “ni conozco á esa mujer, ni es cierto que me haya hablado: el Sr. diputado D. Alberto de Cerdá miente.”

Necesité recordar los lazos que lo unen á vd., para no cruzarle el rostro con la mano abierta. Pero mi honra lo exigía, y le he mandado mis testigos, quienes han ido previamente á buscar á esa desgraciada mujer para hacer constar el hecho. Mañana el doctor ó yo....

MARIA.

Alberto, nuestro amor es imposible.

ALBERTO.

Es verdad.... me voy.

ESCENA III.

LOS MISMOS Y EL DOCTOR.

DOCTOR. (*Dirigiéndose á Alberto.*)

Mañana hablaremos. Esta noche, silencio, ¡por Dios!

ALBERTO.

Me retiraba.

DOCTOR.

Imposible. Pardabé no tarda, y vd. y yo somos los testigos. Tiene que partir esta misma noche. Sabe vd. que es embajador....

MARIA.

Alberto, acompáñeme vd.

ALBERTO.

Me quedo. (*Aparte.*) No sé por qué no desespero.

MARIA. (*Aparte.*)

¿Y todavía esperar? ¡Si es locura!

ESCENA IV.

DICHOS Y LA CONDESA. (*Que sale de su gabinete.*)

DOCTOR.

Señora, todo está listo; y tan pronto como llegue el embajador....

CONDESA.

María, voy á cumplirte mi promesa.

(Se forman dos grupos: la Condesa y María; Alberto y el doctor.)

DOCTOR.

Vd. ha tenido la culpa.

ALBERTO.

Mi indignacion era justa.

MARIA.

¿Pero por qué me abandonó mi madre?

CONDESA.

No podía tenerte á su lado.

ALBERTO.

De manera que vdes. no saben más que arrojar á las mujeres al fango.

DOCTOR.

Esa mujer acaba de salir de una prision.

MARIA.

¿Y murió hace tiempo?

CONDESA.

Hace mucho tiempo.

MARIA.

¿Y cómo se llamaba, para rezar por ella?

CONDESA.

Ya lo sabrás. ¿Qué dijo Alberto?

DOCTOR.

¡Un duelo! Fué un arranque involuntario. Yo le doy á vd. la más completa satisfaccion.

CONDESA.

¿Pero cómo ha pasado?

MARIA.

La desgracia que nos persigue.

ALBERTO.

Sé que es vd. el padre de María.

DOCTOR. (*Turbado.*)

Ha sido una imprudencia contarle, y más hoy.

ALBERTO.

María lo sabe.

MARIA.

He perdido toda esperanza.

CONDESA.

Ya falta tan poco.

ALBERTO.

Siendo vd. su padre, no debería sacrificarla.

DOCTOR.

Lo he prometido solemnemente.

AYUDA DE CÁMARA. (*Anunciando.*)

El señor de Pardabé.

MARIA. (*Con exigencia.*)

El nombre de mi madre.

CONDESA.

Catalina Borrel.

MARIA. (*Con extrañeza.*)

¡Catalina!

ESCENA V.

DICHOS Y PARDABE. (*De rigurosa etiqueta y condecorado.*)

PARDABE.

Muy buenas noches.

TODOS.

Buenas noches.

DOCTOR.

Esperábamos á vd. con impaciencia.

PARDABE.

Me detuve en ir al ministerio, para recibir las últimas instrucciones. Cómo el subsecretario dijo que debía salir esta noche el embajador, y tal era también la orden del ministro, creí conveniente tener una conferencia; pero he estado esperando una hora, sin ser recibido. Ya iban á dar las ocho....

DOCTOR.

Después de la ceremonia volverá vd. Hay tiempo para todo. Y dígame vd.: ¿podré disponer de

un lugar en su berlina? Me agradecería hacer con vdes. el viaje á Roma.

PARDABE.

Por supuesto que sí.

CONDESA. (*Aparte.*)

¿Por qué querrá irse el doctor?

MARIA. (*Aparte.*)

¿Mi padre con nosotros?

PARDABE.

María, permítame vd. que le manifieste mi gratitud delante de nuestros amigos. Vd. va á hacer la felicidad de mi vida. Bien me decía mi madre, ¿no es cierto? “¡bienaventurados los que esperan!”

DOCTOR.

Se lleva vd. una perla.

PARDABE.

Lo que quiere decir, que soy un buzo de primer orden. ¡Je je, je!

ALBERTO. (*Aparte.*)

¡Se me despedaza el corazón!

DOCTOR.

Y no crea vd. que le han faltado buenos partidos á María. Hay algun otro....

ALBERTO.

Doctor.

DOCTOR.

Pero el preferido es vd. (*Aparte.*) Sí, él: necesito salir para Roma.

CONDESA. (*Aparte.*)

Veo que Alberto se muere de pena, y que María desfallece. ¿Cómo romper esto? (*Alto.*) Sr. de Pardabé, ¿la embajada de vd. es cosa segura? Mi compromiso es con el embajador.

PARDABE.

Sí, señora: el ministerio ha cambiado; pero no me han retirado el nombramiento.

MARIA.

Ya he dicho al señor, que embajador ó no, me caso con él.

DOCTOR.

A propósito, aquí tiene vd., amigo, la escritura de la dote de María.

PARDABE.

Cómo yo no soy de la Corte, había olvidado hablar de eso. Guarde vd. su escritura. Soy bastante rico, y todo es de María.

ALBERTO.

Es vd. un hombre digno.

PARDABE.

Soy un proletario. ¡Je, je, je!

MARIA.

Sr. de Pardabé, es vd. demasiado honrado, para que yo permita que se le engañe. No soy hija de la señora condesa.

DOCTOR.

Pero la condesa le cede la mitad de su fortuna, y le deja la otra mitad en su testamento.

PARDABE.

¿Pues quiénes son los padres de María?

MARIA.

El doctor Pons y su esposa legítima. Catalina Borrel, muerta.

DOCTOR. (*Aparte.*)

¡Ah! respiro.

ALBERTO. (*Aparte.*)

¿Catalina? Casualidad es.

PARDABE.

No importa. No seremos condes; pero seremos felices.

DOCTOR.

Bien dicho.

PARDABE.

¡Y cómo se lo callaba el pícaro! ¡Je, je, je!

MARIA. (*A la Condesa.*)

Me siento mal.

CONDESA.

¿Me dispensan vdes? Voy un momento adentro con María.

ESCENA VI.

EL DOCTOR. PARDABE. ALBERTO.

PARDABE.

Cuénteme vd., suegro, porque ya puedo llamarlo así. ¡Je, je, je! ¿Cómo es que me habíavd. ocultado que era el padre de María?

DOCTOR. (*Muy turbado.*)

Yo le diré á vd.... Quédé viudo.... La señora condesa había perdido una hija.... y yo le mandé la mía para que se consolase.... Llegó á quererla tanto.... que creyó que era la suya propia.... El mundo así lo juzgaba.... y no quisimos aclararlo. ¿Qué le importaba al mundo?

ALBERTO.

Pero María no lo supo hasta hoy, y no fué vd. quien se lo dijo.

DOCTOR.

Sí.... No hubiera sido conveniente ántes.... Le encargué á la señora condesa que se lo contara.... Pero el cura tarda.... Si vdes. me lo permiten, voy á buscarlo.

PARDABE.

Vaya vd., suegro, y vuelva pronto, pues no hay tiempo que perder.

(Se va el doctor con precipitacion.)

ESCENA VII.

ALBERTO Y PARDABE.

ALBERTO.

Es raro lo que pasa. Vuélvense en mi cerebro maraña los pesamientos. Esa Catalina.... La salida brusca del doctor para no seguir la conversacion....

PARDABE.

Raro es todo esto. Pero vd. sabe algo de lo que pasa. Cuénteme vd....

ALBERTO.

No sé más, sino que María no es hija de la señora condesa.

PARDABE.

Vd. sabe más. Vd. es un hombre honrado, y no puede permitir que se abuse de mi buena fe.

ALBERTO.

María es incapaz; y la señora condesa....

AYUDA DE CÁMARA.

Sr. de Cerdá, traen de la casa de vd. este pliego y esta carta. Dicen que son urgentes.

(Los entrega, y se retira.)

ALBERTO. (*Despues de leer el pliego.*)

Amigo Pardabé, me dan la embajada de vd., y órden de salir para Roma esta misma noche.

PARDABE.

¡Diablo! Cómo no me vaya vd. á quitar tambien la novia. ¡Je, je, je!

ALBERTO.

Sería posible.

PARDABE.

¿Cómo es eso? Explíquese vd.

ALBERTO.

¿Me permite vd. que lea yo está carta? (*Despues de leerla.*) Si lo sospeché.

PARDABE.

¿Qué sospechó vd.? ¿Por qué me ha dicho?....

ALBERTO.

¿Que pudiera quedarme tambien con la novia? Pues es muy sencillo: porque María y yo nos amamos.

PARDABE.

¿Pero qué traicion es ésta?

ALBERTO.

Ninguna, señor. Hasta hoy hemos comprendido nuestro amor, cuando ya María le había comprometido á vd. su palabra. La conozco mucho: no faltaría á su promesa, aunque se muriera. Pero vd. noblemente le devolverá su libertad. Al fin no es hija de la señora condesa, sino de padres humildes y pobres.

PARDABE.

Se diría entónces de mí, que buscaba yo en ella el título y la riqueza. Yo sólo ambiciono la felicidad. Sé demasiado que el oro y las coronas ocultan generalmente lágrimas y dolores. María es hija de padres humildes, pero honrados.

ALBERTO.

¿Y si no fueran honrados?

PARDABE.

Explíquese vd.

ALBERTO.

Por razones que me callo, envié á dos amigos á que hiciesen constar el hecho de que el doctor Pons había arrojado al suelo á una mujer en la Carrera de San Jerónimo; y encargué tambien á esos amigos que se informasen, lo mejor que pudieran, de quién era esa desdichada. Pues bien, uno de ellos me escribe lo siguiente:

“Hemos estado en la Carrera de San Jerónimo. La mujer acababa de morir. Una semana hacía que, despues de cumplir una condena de doce años por envenenadora, había salido de la prision de Barcelona. Se llamaba Catalina Borrel.”

PARDABE.

¿Pero esa Catalina Borrel, esa mujer que ha estado doce años en una cárcel?....

ALBERTO.

Es la madre de María. Que no lo sepa.

PARDABE.

Entonces nuestro matrimonio es imposible

ALBERTO.

¿Y creía vd. amarla?

PARDABE.

Pero si es hija de una mujer infamada; y toda su familia ...

ALBERTO. (*Aparte.*)

Renace, esperanza mía.

ESCENA VIII.

DICHOS, LA CONDESA Y MARIA. DESPUES EL DOCTOR. (*La Condesa y Maria entran.*)

PARDABE. (*Adelantándose resueltamente.*)

Señora condesa, devuelvo á vd. su palabra. No puedo casarme con la señorita. Alberto sabe la razon.

MARIA.

Señor. . . .

CONDESA.

Diga vd. esa razon, Alberto.

ALBERTO.

Porque yo soy quien me caso.

PARDABE.

¿Se casa vd?

ALBERTO.

Sí; me caso: ¡era el más dulce sueño de mi vida!

MARIA.

¡Alberto!

ALBERTO.

¡María!

CONDESA.

¡Hijos!

DOCTOR. (*Entrando*)

Espera el señor cura: vamos.

PARDABE.

Ruego á vdes. que me dejen un momento con el doctor.

CONDESA.

Con mucho gusto.

MARIA.

¡Qué felicidad!

ALBERTO.

¡María!

(Se van al gabinete.)

ESCENA IX.

EL DOCTOR. PARDABE.

DOCTOR.

Ya dieron las ocho....

PARDABE.

No tengo prisa.

DOCTOR.

Tiene vd. que partir para Roma en el *express*
de la media noche.

PARDABE.

Ya no se hace el viaje.

DOCTOR.

La embajada.....

PARDABE.

Ya no soy embajador.

DOCTOR.

¡Imposible!

PARDABE.

Alberto ha sido nombrado en mi lugar.

DOCTOR.

Pero María.....

PARDABE.

Ya no me caso con ella.

DOCTOR.

¿Cómo? ¿Faltaría vd. á la palabra solemne que
ha empeñado?

PARDABE.

Ahora, señor doctor, Alberto es quien se casa.
Ha resultado que María y él se amaban como dos
tortolitos. ¡Je je, je!

DOCTOR.

¿Pero los doscientos mil reales que he recibido en calidad de depósito? ¿La fianza de vd?

PARDABE.

Pues qué, ¿quiere vd. que pierda la embajada, que pierda la novia, y que ademáspague la fianza? Sería mucho perder. Mi obligacion era condicional, para el solo caso de que me casara con María.

DOCTOR.

Pero si no pago, seré arrastrado á una prision.

PARDABE.

A propósito, doctor, ¿qué razon me da vd. de su esposa Catalina Borrel?

DOCTOR. (*Muy turbado.*)

Vd. oyó á María.... ha muerto....

PARDABE.

¿Conque los muertos resucitan? ¡Je je, je!

DOCTOR.

Le diré á vd..... cómo Catalina estaba infamada....

PARDABE.

Lo sé.

DOCTOR.

Era mejor ocultarlo....

PARDABE.

Y engañar á un hombre honrado de un modo miserable.

DOCTOR.

Por María.... era conveniente decir que había muerto....

PARDABE.

Acaba de morir.

DOCTOR. (*Aparte.*)

Respiro (*Alto.*) Había sido condenada....

PARDABE.

Pues por lo mismo, no quiero casarme con su hija. Hay manchas que no se borran.

DOCTOR. (*Despues de un momento de lucha interior.*)

Pues bien, se casará vd. (*Va á llamar á la condesa, María y Alberto á la puerta del gabinete.*) Señoras. Sr. de Cerdá.

ESCENA X.

DICHOS. LA CONDESA. MARIA. ALBERTO.

DOCTOR.

El Sr. de Pardabé me ha manifestado que rehusa la mano de María, que hoy le fué solemnemente concedida, porque la cree hija de una mujer infamada por la prision, y que, hace apénas unos momentos, ha muerto en la desgracia.

MARIA.

¿Ha muerto hoy mi madre? ¿Por qué me engañaban? ¿Por qué?

ALBERTO.

María, acaba de morir.

MARIA.

Junto á ella está mi puesto. Vamos, Alberto.

DOCTOR.

Deténgase vd , María. Voy á hacer una revelacion, porque es preciso que se case vd. con el Sr. de Pardabé.

ALBERTO.

Pero....

PARDABE.

No lo interrumpa vd.

DOCTOR.

Hace 17 años que mi esposa y yo salimos de Barcelona para Monmajor á ver á un tío de Catalina, que estaba muy enfermo, y nos llamaba con urgencia.

CONDESA.

¿Hace 17 años?

DOCTOR.

Sí, señora. El conde y vd. estaban en la Habana. El tío nos comunicó que tenía hecho su testamento en favor de nuestra hija.... Pero ¿me jura vd., señora condesa, y vd., Alberto, no revelar jamas lo que voy á decir?

CONDESA.

Sí, señor.

ALBERTO.

Se lo prometo á vd.

DOCTOR.

Pues bien, la enfermedad del tío podía durar

dos ó tres años.... y murió al mes de nuestra llegada....

CONDESA.

¿Murió?

DOCTOR.

Se sospechó.... y mi mujer fué condenada por envenenadora....

MARIA.

¿Y vd?

DOCTOR.

Yo declararé contra ella.... no era posible salvarla.... ¿para qué me había yo de perder también?... Así tenía ella un apoyo....

MARIA.

¡Esto es espantoso! No quiero oír más.

DOCTOR.

Oiga vd.; porque este matrimonio es indispensable.

MARIA.

¿Pero cómo puedo vivir, siendo vd. mi padre?

DOCTOR.

No lo soy.

ALBERTO.

Explíquese vd.

DOCTOR.

El veneno estaba en una pocion, que Catalina debía dar al tío. Ella no lo sabía.... y le dió una cucharada á nuestra hija que lloraba.... Nuestra hija murió una hora ántes que el tío.... La herencia se perdía....

CONDESA.

¿Y bien?

DOCTOR.

Nos tomamos á la hija de vd.

MARIA.

¿Mi madre?....

DOCTOR.

Es la señora condesa.

CONDESA. (*Arrojándose en sus brazos.*)

¡Hija!

MARIA.

¡Madre mía! ¡Alberto!

DOCTOR.

Aquella herencia se fué consumiendo: arregla-

do el matrimonio del Sr. de Pardabé, he pedido dinero con su firma, en depósito.... Ya ve vd. que puede casarse. (*A Pardabé.*)

CONDESA.

Yo le dí al Sr. de Pardabé la mano de la hija de vd. La mano de mi hija es de Alberto. El cura espera, y los casará. Afortunadamente las dispensas están en nombre del embajador, y Alberto lo es ahora. Vamos.

DOCTOR.

¿Me llevan vdes. á Roma? Es mi salvacion. Me han ofrecido no revelar mi secreto.

PARDABE.

Yo nada he ofrecido; y nos conviene á los hombres honrados, que sufran el merecido castigo los bribones. ¡Je je, je!

CONDESA.

Vamos; y sed felices, hijos míos.

MARIA.

¡Con razon siempre esperaba yo!

ALBERTO.

¡Bienaventurados los que esperan!

